

EDELTRAUD Y LOS NIÑOS AUSTRIACOS

Anthón OBESO



Foto: SCHNEIDHOFER

El 26 de Marzo del pasado año de 1990, publicaba El Diario Vasco un sentido artículo firmado por Mónica Fokkelman titulado "Un latido español en el corazón de Viena", donde nos cuenta sobre la creación del "Club Encuentro", en la capital austriaca, por aquellos niños que, en los finales de la década de los cuarenta, llegaron a España para ser acogidos por familias españolas, en su mayoría vascas, especifica la autora del artículo; que se hicieron cargo de estas víctimas del hambre y de la miseria surgidos como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial.

El "Club Encuentro" reúne pues ahora, a todos aquellos que en su niñez fueron acogidos por familias españolas.

Cuando llegaron a España contaban con una media de 10 años de edad y hoy rondan los 50, y son una parte de España en el corazón de Viena, comenta Monica Fokkelman. Hace ya 12 años decidieron crear el "Club Encuentro", donde se reúnen recordando el tiempo pasado en las veladas españolas que organizan.

Otro motivo del "Club Encuentro" ha sido el interés que sus asociados han tenido por reencontrar a la familia española

que les acogió, consiguiendo hallar al 77% de las familias "perdidas", lo que ha dado lugar a un nuevo contacto. Aunque no siempre de modo personal, por lo que de costoso tiene un viaje; sí, sin embargo, por carta.

Familias de nuestro pueblo abrieron también las puertas de sus hogares para cobijar a aquellos niños. Fue el párroco de la Villa, entonces, don Roberto Aguirre quien, por sugerencia de Cáritas Internacional, propuso, desde el púlpito de la iglesia, en una misa dominical, el ayudar a aquellos niños adoptándoles por unos meses. El mismo, el párroco don Roberto, fue el primero en comprometerse adoptando una niña. Y las familias de Illarramendi, del doctor Claudio Albisu, de doña Adela Hügeut y de doña Dionisia Burutarán (Vda. de Jauregui) siguieron su ejemplo.

Así que, cinco niños austriacos, así se les llamaba, "los niños austriacos", llegaron a Rentería, allá, por los finales años cuarenta.

Sin embargo, no todos ellos eran austriacos, había también algunos alemanes. Es el caso de la niña Edeltraud Schnobrich, que precedía de Zeilsheim, localidad cercana a la ciudad de Frankfurt.

La situación de Edeltraud era la misma que la de los demás niños que la acompañaban. Desnutridos, algunos enfermos, como era el caso de Edeltraud, casi sin ropa. Llegaban asustados, con miedo evidente en sus rostros. Habían dejado atrás el espanto de la guerra y venían a un país desconocido, temerosos ante lo que les aguardaba el Destino. Llegó con todos ellos asimismo Edeltraud con un cartel, también, colgado a su cuello donde podía leerse: D^a Dionisia Burutarán; la familia que la había tocado en suerte. Así le recibió M^a Teresa, la hija de doña Dionisia, en la estación del ferrocarril de San Sebastián.

Edeltraud había perdido a su padre, desaparecido en el campo de batalla, falleciendo también su madre al dar a luz al cuarto hijo. Edeltraud tenía 9 años de edad.

Fueron nueve meses los que Edeltraud vivió en casa de los Jauregui Burutarán. Y, año y medio después, la misma familia la acogió por un año más. Desde entonces, Edeltraud no ha dejado Rentería pues siempre que le ha sido posible ha vuelto a este pueblo como si fuera el suyo, ya que en casa de los Jauregui Burutarán ha tenido siempre su hogar.



Y es ésta la razón por la que hemos conversado con María Teresa y Arantza, Jauregui, ya que, además, aquella niña, hoy felizmente casada y, con el tiempo, joven abuela, tiene el propósito, una vez más, de llegarse este mismo año a Rentería. Y surge en nuestra conversación, con María Teresa y Arantza, el recuerdo de aquel primer encuentro y el tiempo que Edeltraud convivió con la familia Jauregui. Entonces, además, con el hermano Joxetxo, y las hermanas, Paquita, Agustina y M^{re} Cruz, y amatxo. Pues era así como Edeltraud llamaba a D^o Dionisia: amatxo. Con el mayor cariño.

En la conversación salen a relucir sucesos, anécdotas y fotografías de Edeltraud, de su primera estancia en Rentería, y de sus dificultades cuando empezaba a hacerse entender. Así era que, cuando viajaba en el Topo pedía su billete diciendo al empleado: deme un ir y venir a San Sebastián. Cuando llegaba a casa comentaba con gesto de extrañeza: ¿por qué hombre se ríe cuando yo pido billete de ir y venir a San Sebastián?.

De ida y vuelta, se le decía que debía de pedir, y ella no veía la diferencia. Claro.

Un día, Edeltraud, que empezaba a mezclar en su balbuceante castellano palabras que no eran castellano y llegando a darse cuenta que la familia, entre ellos, se comunicaban en otro verbo distinto, les preguntó asombrada: ¡¿Y esto qué es?! Y así, oyéndoles en familia hablar el vascuence, Edeltraud lo fue aprendiendo también hasta llegar a expresarse con verdadera soltura.

No ha hecho falta a Edeltraud que se creara un "Club Encuentro" con el fin de buscar a su familia "perdida", pues tanto María Teresa como Arantza y sus hermanas, han tenido siempre la carta oportuna y las puertas abiertas para seguir siempre acogiendo a la niña alemana que, junto con los niños austriacos, llegó, allá, finalizando los años cuarenta, víctima del hambre y de la miseria surgidos como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial.

También hay que decir, que Edeltraud ha sabido agradecer el gesto de la familia que con tanto amor la acogió en tan difíciles circunstancias de su vida, abriendo también las puertas de su casa, en su Alemania natal, lo que ha dado lugar para que María Teresa y Arantza la visitaran alguna vez.

En definitiva, un puente de entendimiento y comprensión que se tendió entre pueblos por la buena voluntad que don Roberto Aguirre supo despertar entre renterianos, por sugerencia de Cáritas Internacional. Todo un gesto.

